

1 Mayo 1879

Tomada razón

Décimatercera Carta Pastoral

QUE

EL ILLMO. SR. OBISPO DE ANTEQUERA,

VALLEIDE OAXACA,

Dr. D. Vicente F. Márquez y Carrizosa

Dirige á sus Diocesanos,

Insertando la Enciclica de Ntro. Smo. Padre el Sr. Leon XIII, de 28 de Diciembre del año próximo pasado, y las Letras apostólicas del mismo Sumo Pontífice, expedidas el 15 de Febrero del corriente año, concediendo

UN JUBILEO UNIVERSAL.



OAXACA.

Impreso en L. San-German, á cargo de Juan Mariscal. Calle de San Pablo, número 2. 1879.

BX874
.M3
D4
1879
C.1

058

Y V. Cabildo de Leon.

BX874

.M3

D4

1879

C.1

004058

Handwritten signature



1080027183

DECIMATERCERA

CARTA PASTORAL

QUE

EL ILLMO. SR. DOCTOR

D. VICENTE FERMIN MARQUEZ Y CARRIZOSA

DIRIGE A SUS DIOCESANOS,

Insertando la Enciclica de Ntro. Smo. Padre el Sr. Leon XIII,
de 28 de Diciembre del año próximo pasado, y las Letras apostólicas del mismo
Sumo Pontífice, expedidas el 15 de Febrero del
corriente año, concediendo

EL JUBILEO UNIVERSAL.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Tellez

OAXACA.

Tipografía de L. San-German. á cargo de Juan Mariscal.

Calle de San Pablo, número 2.

1879.

FONDO EMBTERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

41258

NOS, EL DR. D. VICENTE FER-
min Márquez y Carrizosa, por la
gracia de Dios y de la Santa Sede A-
postólica, obispo de Antequera, Va-
lle de Oaxaca, etc.

A NUESTRO M. I. Y V. CABILDO, Á NUESTRO V. CLERO
Y Á TODOS LOS FIELES DE NUESTRA DIÓCESIS,
SALUD Y GRACIA EN EL SEÑOR.

Venerables hermanos é hijos muy amados:

La misericordia del Señor que se halla dispuesta
á derramar sus beneficios sobre las almas, y que se
vale de los inagotables medios que encierra, para
llamarnos con tiempo y especialmente en las épocas
borrascosas por las que atraviesa la humanidad, tal
vez sin advertirse del peligro que la amenaza, nos
ha venido á visitar haciéndonos oír su voz pater-
nal no ménos que poderosa por medio del Vicario
de su Hijo Divino, Ntro. Smo. Padre el Sr. Leon
XIII, que por la respetable carta Encíclica expe-
dida el 28 de Diciembre del año próximo pasado
1878, parece que viene á despertar los corazones
del letargo en que adormecidos los sorprende



Capilla Alfonsina
Biblioteca de la Universidad

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

004058

el tumulto de las pasiones, y éstas, favorecidas por la complicacion espantosa de ideas, de errores y de dudas de todo género, desarrollan diversas tendencias, que haciendo sucumbir los mejores sentimientos solo á lo presente y á lo material, engendran una indiferencia detestable y un desprecio al verdadero bien social é individual, de las más desastrosas consecucncias; que sumiendo insensiblemente á la sociedad en el desórden, la hacen propender á ese espíritu de independecia absoluta respecto de lo religioso y de lo moral, respecto de lo divino y humano, hasta el extremo de que ese sentimiento natural profundamente gravado en el corazon del hombre acerca de su fin eterno, único que satisfará completamente sus deseos, degenera preocupándose con el simple conocimiento de su razon que lo inclina á lo material, y le aleja de Dios tanto, que acaba por negar su existencia, de donde resulta que esa misma razon, oscurecida por las pasiones, solo le procura la esclavitud de las mismas pasiones, pues que dominando la inteligencia, apartan el corazon del verdadero y único fin que la naturaleza le inspira, y que la revelacion celestial le enseña.

Ligeramente señalamos el estado de la sociedad, que cediendo á ideas y prácticas sugeridas por espíritus inconsiderados que, como si no les animara más que un odio mortal contra su misma especie, no descansan dia y noche en hacer prevalecer sus intenciones: á este fin conquistan prosélitos con las frases seductoras de "bien de la humanidad" cuando en realidad sus principios encubren contra la humanidad misma una hiel amarga, un corrosivo

fatal: de este modo logran hacerse dueños de una sociedad infiltrada con el veneno de sus doctrinas; y, como si nada tuvieran ya que temer, sacan á luz oportunamente sus proyectos y sus planes subversivos de todo órden, de toda moralidad, de toda religion; y prometiéndose el triunfo funesto de sus intentos, celebran la ruina de la misma sociedad que invocan como objeto de su beneficencia; no puede ser otro el último resultado de esos planes elaborados en el seno de las tinieblas y que se dirigen únicamente á desconocer y abolir el principio de autoridad que viene de Dios para el buen órden de las sociedades; todos los principios y dogmas religiosos que contienen al hombre en los justos deberes para con su Creador; y por último, corromper la moral que mantiene á la sociedad y á cada uno de los individuos en armonía con los derechos legítimos y respectivos para promover el bien comun.

El espíritu del mundo y el Espíritu de Dios, dice un historiador contemporáneo, se disputan la historia de la humanidad desde su origen; pero ningun tiempo como el presente ofrece acontecimientos más variados, ataques más numerosos y sacudimientos más violentos. El nacimiento y progreso de la incredulidad que niega todos los dogmas, hasta la sustancia de lo verdadero que es invariable; que se arroga la mision de aniquilar la Iglesia por medio de los errores más tenaces y más perversos, con las borrascas de una revolucion continua que inquieta y conmueve á la sociedad hasta en sus cimientos, harán ver de una manera poderosa que por más elocuentes que sean los razonamientos, por convincentes que aparezcan todos los discursos,

sos, por evidentes, multiplicados, ruidosos é incontrastables que, como contemporáneos, se vean los hechos, la única salvaguardia que puede restaurar el orden social y librar á la humanidad del espantoso cataclismo que amenaza descargar sobre su cabeza para hundirla en los abismos, es la Iglesia.

El único recurso, en efecto, que tiene la sociedad en medio de esa conflagracion tumultuosa de trastornos y de desórdenes subversivos é incalculables, efectos del sistema exagerado de independencia y desconocimiento de todo derecho aún el más legítimo, es solamente la Iglesia divina é inmortal, que sola resiste á todas las pasiones con su moral evangélica, á todos los enconos, á todas las venganzas, á todas las violencias, á todas las ruinas que sobreviven á las revoluciones, y á todas las potencias enemigas: ella es la única que consuela todas las desgracias é infortunios, y es la primera que vuelve á reponerse saliendo triunfante sobre los escombros de los imperios derribados, para restablecer á la humanidad en su estado normal de fé, de verdad, de bien y de orden.

¿Cuál es actualmente el estado de la Iglesia? El más triste, el más lamentable. Su situacion es de sufrimiento, de amargura, de lágrimas. Es la Iglesia la barca de Pedro en medio de un mar tempestuoso, cuyas olas chocando contra ella enfurecidas, se retiran como para hundirla en el fondo; pero retrocediendo con igual ímpetu contra las riberas hasta salirse de madre, envuelven y arrastran cuanto encuentran sin apercibirse de las arenas más menudas, miéntras derriban las rocas más firmes y las desmoronan, para volver sin esos estor-

bos contra lo que más detestan y quisieran aniquilar.

He aquí una alusion que fácilmente podremos aplicar á la Iglesia en la lucha continua que sostiene contra todas las tendencias injustas, contra todas las pretensiones inconsideradas, contra todas las pasiones y los errores que se desencadenan en perjuicio de la sociedad humana; de esa sociedad á quien se engaña con promesas de un porvenir feliz, y que no recibe sino ruinas y fatales desgracias. La Iglesia Santa, en tales circunstancias, colocada á este fin por su Divino Fundador para salvar á la humanidad que vino á redimir; no siendo posible creer que Él la haya dejado abandonada á todo viento en medio de las borrascas que suscita el mundo, ni expuesta entre los escollos profundos que abren las pasiones, los extravíos del entendimiento y los atractivos peligrosos de sus promesas, ni entregada á sus propias fuerzas sin señalarle un centro de salvacion en medio de tantos combates, sino al contrario, asistida de la virtud importante que le anima y fortalece en favor de sus encomendados; levanta su voz hasta el cielo esforzándola tanto más, cuanto es mayor el peligro que amenaza: vuelve sus ojos maternales hácia todos sus hijos: á unos les advierte el peligro próximo para que se alejen con tiempo: á otros les da á conocer sus extravíos para que los corrijan: despierta á los dormidos para que no se dejen sorprender de ilusiones y esperanzas perjudiciales, haciendo, en fin, cargos terribles á los causantes de tantos desastres y sus consecuencias, para que retrocedan del abismo en que por sus falsos sistemas intentan precipitarse

con la humanidad sin consideraciones de ningún género, sin respeto á las leyes divinas ni humanas, y alejándose más y más del centro providencial que Dios ha establecido en la tierra en favor de las sociedades. En ese centro éstas no quedan vacilantes al arbitrio de todo viento de doctrina y á los caprichos de una razón ofuscada, sino que cuentan con una voz autorizada que desde la barca de Pedro, aunque agitada siempre sobre las olas, que la combaten sin conmoverla, nos llama, é inspirándonos confianza en las promesas de Jesucristo, nos asegura la salvación y nos la garantiza como sostenida por una virtud divina que le asiste para dirigir á todos, para enseñar y favorecer con aquella caridad que á ella le inflama y á todos interesa. Impulsada por esa caridad, nos hace perceptibles los males en que fracasaría la sociedad si, negándose á recibir la luz eterna, solo pretendiese vivir arrebatada de la vacilación de ideas sin norte seguro que la dirija, y alimentarse de esos errores, herejías é immoralidades que desconciertan á los pueblos, que turban la paz de las familias y que hacen á los hombres juguetes de sus caprichos; errores funestos, que introduciendo la desconfianza en todo, destierran la armonía que une á los miembros de la sociedad en un solo espíritu de amor, de benevolencia y de aquel orden que trae origen de un principio eterno, inmutable, en que descansa y se apoya la humanidad. La Iglesia no se limita únicamente á dirigirnos su voz de alerta para que nos acerquemos á su seno, huyamos del peligro que nos amenaza y nos abriguemos bajo su sombra lé-

jos de la tormenta y de sus estragos, sino que al mismo tiempo nos recuerda nuestros deberes íntimos y los únicos remedios que debemos aplicar, para cortar de raíz el cáncer que está aniquilando á la sociedad.

Este es nada ménos el objeto que encierra la carta Encíclica expedida por Su Santidad el 28 de Diciembre del año anterior, que también se refiere á lo que anunció al principio de su glorioso Pontificado en su Encíclica de 21 de Abril del mismo año, inserta por Nos en Nuestra duodécima carta Pastoral de 29 de Junio último y la cual puede confrontar con la de que ahora hablamos, para vuestro conocimiento. Por nuestra parte, para cumplir con el deber que Nos encarga Su Santidad, tenemos la satisfacción de insertar ésta á continuación. Recomendamos no la simple lectura de ese documento precioso, elocuente y venerable, que respira en todos sus períodos la verdad sencilla y desnuda de las preocupaciones que pudieran desfigurar su claridad; lo que esperamos de Nuestros hermanos é hijos es la consideración eficaz y concienzuda de esa verdad, prescindiendo de toda prevención é interés temporal y personal, para que, atendiendo á esa voz de tanta autoridad del Soberano Pontífice, comprendais que en presencia de los hechos, de los trastornos y extravíos de que adolece actualmente la sociedad, y de los cuales no podemos dudar por más que quisiéramos hacernos ilusiones, no tenemos otro recurso que escuchar dóciles al Vicario de Jesucristo, dedicarnos á poner en práctica sus consejos paternos, aplicar los

medios que estén á nuestro alcance para la reparacion de la humanidad á que pertenecemos, y por el bien comun de ésta trabajar todos, colectiva é individualmente de acuerdo con la Iglesia, Madre y Maestra universal.

A Nuestros Venerables Hermanos los Patriarcas, Primateados, Arzobispos y todos los Obispos del Orbe Católico, que se hallan en gracia y comunión con la Silla Apostólica:

LEON P. P. XIII.

Venerables Hermanos: salud y bendición Apostólica.

Desde el principio de Nuestro Pontificado, de ninguna manera hemos omitido lo que de Nos exigia la condicion de Nuestro cargo apostólico, señalar en las Letras Encíclicas á Vos dirigidas, Venerables Hermanos, la peste mortífera que circula por los miembros más íntimos de la sociedad humana y la precipita al más lamentable riesgo: al mismo tiempo hemos propuesto tambien los remedios eficacísimos con que pueda restituirse á la salud y evitar los muy graves peligros que la amenazan. Mas esos males que deploramos entónces, han aumentado en breve tiempo de tal manera, que Nos vemos obligados á dirigiros otra vez Nuestras palabras, como si oyésemos resonar en Nuestros oídos esta voz del Profeta: *Clama, no ceses, levanta tu voz con el vigor de una trompeta.* (Isai. LVIII. 1.) Sin dificultad comprendereis, Venerables Hermanos, que Nos, hablamos de aquella secta de hombres que, con diversos y áun bárbaros nom-

bres, se llaman *socialistas, comunistas, ó nihilistas*; y que difundidos por todo el orbe, y coligados entre sí por medio de un pacto inicuo, ya no buscan el favor de las tinieblas para sus conventículos ocultos sino que, mostrándose á toda luz con descaro y suma confianza, se apresuran á llevar á término el proyecto en que de antemano han convenido, de minar los fundamentos de toda sociedad civil. Estos son, sin duda, los que, como acreditan las Divinas letras, *manchan realmente la carne, desprecian la autoridad y blasfeman de la majestad.* (Epist. Jud. v. 8.) Nada dejan intacto, nada completo de lo que para la seguridad y decoro de la vida está sancionado tan sabiamente por las leyes divinas y humanas. A las supremas potestades, á quienes, como amonesta el Apóstol, debe toda alma someterse, como que han recibido de Dios el derecho de gobernar, rehusan toda obediencia, á la vez que predicán la perfecta igualdad de todos los hombres en derechos y obligaciones. Deshonran la union natural del hombre y de la mujer, tan sagrada áun entre naciones bárbaras, y desvirtúan ó hacen objeto de su capricho ese vínculo en que principalmente consiste la sociedad doméstica. Por último, arrebatados por la codicia de los bienes presentes, *la cual es la raíz de todos los males, y por cuya ambicion muchos han desertado de la fé* (Ad Timoth. VI. 10.), impugnan el derecho de propiedad sancionado por la ley natural; y por un abominable atentado, cuando aparentan ocurrir á las necesidades de todos los hombres y satisfacer á sus deseos, se determinan á usurpar y hacer comun todo lo que ha sido adquirido ya por título de legítima herencia, ya por el trabajo intelectual ó manual, ó ya por justas economías en los gastos de la vida. Y proclaman en sus reuniones estos monstruosos errores, se empeñan por hacerlos creer en sus libelos y los propagan entre el vulgo por medio de esa como nube de